

El *Hotel de Bayeux y de la Plata*, en la calle de Racine, tiene como base de su clientela los estudiantes de la baja Normandía y da albergue también, excepcionalmente, á algunos jóvenes de la República Argentina, de ojos de diamante negro y cutis aceitunado. La mesa redonda de este hotel, que no tiene nada que envidiar á sus rivales del barrio Latino en cuanto al vino de color de violeta, los pollos tísicos y los polvorientos bizcochos, ofrece la originalidad de reunir todas las noches en torno de sus manteles una docena de muchachones frescos y rubios y tres ó cuatro figuras exóticas con caras curtidas. Los normandos, hijos, por lo general, de notarios ó de « horreeras », son gente de costumbres relativamente pacíficas y metódicas, que hacen con regularidad sus matrículas y sus exámenes, se permiten sólo

alguna que otra orgía á precio fijo y — detalle digno de atención — llevan todavía en los últimos días del mes el reloj y la cadena. Por el contrario, el rubí ó el topacio que adornaba, á bordo del transatlántico, la resplandeciente corbata de los jóvenes americanos, no tarda en ir « á casa de la tía » ó á la del judío de la plazuela del Odeón; porque los estudiantes ultramarinos son el escándalo y — bueno es también decirlo — la fuente de los beneficios del hotel. Solamente ellos se muestran pródigos, beben burdeos « del bueno » y si, por la mañana, una señorita despeinada, en corsé y en enaguas, se asoma á la escalera para gritar al mozo que suba dos chocolates « al diez y siete », se puede asegurar que en el « diez y siete » vive un ciudadano de Buenos Aires. En el *Hotel de Bayeux y de la Plata* argentinos y normandos viven, eso sí, en perfecta amistad. Con gran frecuencia se ve en las manifestaciones estudiantiles alternar las fisonomías sanguíneas y las cabezas verdosas, y hasta, en las noches de gran correría, se ha oído, en lo más escondido de una cervecería, á los vibrantes órganos de las repúblicas del sur cantar á coro con los robustos bretones los aires populares más en boga en el barrio Latino.

Cristián llegó á la estación á la caída de la

tarde y se hizo llevar inmediatamente á la calle de Racine. El mozo del hotel, favorablemente impresionado por los dos mundos que adornaban el techo del coche, condujo al viajero al primer piso, abrió una puerta y dijo con soberbio aplomo :

« Señor... Nuestra mejor habitación. »

El cuarto era repugnante. Mientras hacía su tocado al lúgubre fulgor de una bujía puesta de medio lado en un candelero de latón, Cristián sintió al principio alguna repugnancia hacia el edredón lleno de manchas inmundas y hacia un viejo sofá herido de muerte y que perdía el pelote por tres anchas heridas. Pero esta impresión fué momentánea. El mozo reapareció muy solícito, cambió el edredón, ocultó con una funda de indiana floreada la mala situación del sofá, puso velas en los candelabros, encendió en la chimenea una alegre llama, y Cristián, después de desempaquetar su equipaje, colocar sus libros en un estante y crear, en fin, un poco de intimidad en aquel albergue de alquiler, exclamó en voz alta, sin darse cuenta de ello :

« ¡ En mi casa !... ¡ Estoy en mi casa !... »

En seguida levantó las cortinillas y miró hacia la calle. La acera de enfrente estaba iluminada por un gran salón de peluquería, resplandeciente

de gas, á través de cuyos cristales vió Cristián cuatro ó cinco jóvenes á quienes estaban peinando ó afeitando unos mancebos en mangas de camisa y supuso que eran estudiantes que iban aquella noche al baile ó al teatro ó se disponían á asistir á alguna fiesta. Pronto, pensó, haría lo mismo que ellos y probaría los placeres de París. En su alegría de verse libre, se divertía en contemplar los ridículos adornos de su cuarto de hotel, cuando el sonido de una campana cascada le anunció que era la hora de bajar al comedor. Los argentinos bronceados y los normandos de frescas mejillas comían ya la sopa con gran ruido de cucharas.

Intimidado por aquellas caras desconocidas, el nuevo comensal se colocó modestamente en el único sitio desocupado, en el que el camarero, por delicada atención, había plegado la servilleta en forma de mitra de obispo, cuando un joven de hermosa barba rubia, que estaba enfrente, prorrumpió en esta exclamación :

« ¡ Calla !... ¡ Lescuyer ! »

Y, después de un momento de duda, Cristián reconoció, bajo aquella barba opulenta, á uno de sus antiguos condiscípulos, un tal Mulot, hijo de un rico ganadero de los alrededores de Caén.

Los dos jóvenes se habían tratado muy poco en

otro tiempo, pero Mulot, buen muchacho de maneras bastante vulgares, tuteó desde luego al antiguo camarada y Cristián le dejó hacer, satisfecho al verse en país conocido.

« ¿Vienes á prepararte para el doctorado?... ¿ Y es la primera vez que vienes á París?... Pues bien, te serviré de « práctico » en el « barrio ».

El hielo estaba roto. El recién llegado fué presentado á toda la reunión y desde la mitad de la comida, de olor sospechoso, la conversación se animó, si bien puede decirse que no valía mucho más que la cocina.

Si Cristián hubiera sido menos novicio, hubiera observado que sus compatriotas tenían las bromas de un género poco espiritual y abusaban de cierta fraseología rutinaria, ya caída en desuso en aquella época, y que las risotadas y las voces altisonantes de los americanos eran tales que podían molestar á un sordo. Pero ¡ qué diablo! todo esto era juvenil, cordial, afectuoso, y Cristián quedó encantado por la acogida de sus compañeros. Él, por su parté, se abandonó, estuvo amable, y gustó á todo el mundo.

Llegado el postre, que consistía en unas nueces enmohecidas y unas peras como piedras, uno de los americanos convidó á *champagne* para festejar la llegada de Cristián, y aquella insípida tisana

redobló la alegría. Cada cual exhibió sus habilidades. Un argentino, oriundo de las lejanas pampas, imitó el rugido del jaguar con una botella vacía; otro, á riesgo de deshacerse los pulmones, reprodujo todos los ruidos del ferrocarril, la respiración de la máquina al ponerse en marcha, los choques y estrépitos de las planchas giratorias, y enseguida el tren en movimiento y el « ¡ Puff !... ¡ Puff !... » acompasado del vapor. Su éxito llegó al colmo cuando dió idea de la llegada á la estación y del ruido de las portezuelas sacando y metiendo violentamente el cajón del aparador y gritando con voz afanosa : « ¡ Puteaux !... ¡ Puteaux !... »

Pero el triunfo completo fué el de un muchacho de Saint-Lô, el cual volvió la espalda á la concurrencia y haciendo el ademán de un carpintero que está serrando, imitó todos los ruidos de la operación. Aquello era la perfección misma. Parecía que se veían saltar las virtutas. ¡ Y qué matices ! La parada brusca, el esfuerzo de la sierra imaginaria al encontrar un nudo en la tabla... El « artista » llevaba la perfección hasta anunciar las diferentes especies de madera en que estaba trabajando : « ¡ encina ! », exclamaba ; « ¡ pino ! » « ¡ caoba ! ». Por fin, como golpe final, redoblaba los efectos de sonoridad después de anun-

ciar seriamente : « Ahora sucede la acción en una catedral en la que están componiendo los confesonarios ».

Después del café — verdadera agua de fregar — y de unas copas de licor que solamente Mitridates hubiera tragado sin inconveniente, Mulot, que ejercía cierta autoridad en la mesa redonda, propuso salir para tomar el aire. Pero esto del « aire » no era sin duda más que « un decir » porque no bien habían dado unos cuantos pasos por la calle, uno de los naturales de Buenos Aires recordó que la cerveza era magnífica en una cervecería de la calle de Hautefeuille, piso primero, en el patio.

El sitio era célebre, con sus puntas de sedicioso y de literario. Cuando el Dos de Diciembre — hacía ya trece años de esto — el dueño, especie de pellejo de vino con barbas de Padre Eterno á estilo del cuarenta y ocho, había estado preso durante veinticuatro horas, y se enseñaba con cierta emoción una mesa, hacia la izquierda, en la que Mürger había comido algunas veces la *choucroute*. De vez en cuando, los estudiantes de décimo año, los « políticos », generalmente naturales del Franco Condado, permanecían allí hasta las altas horas de la noche perorando y recitando poemas de los *Châtiments*, de Victor Hugo.

Lejos de ser magnífica, la cerveza prometida olía á boj. Pero ¿ quién se hubiera permitido dirigir una observación á una víctima del Imperio, á un conspirador, que pasaba por estar en correspondencia con Félix Pyat, emigrado entonces en Londres? Cristián Lescuyer y sus recientes amigos, bebieron, pues, aquel detestable brevaje con el respeto debido á un mártir político.

De pronto Mulot se dió una palmada en la frente :

« ¡Las once dadas!... ¡ Y yo que estoy citado con Clarisa á las diez y media, en casa de la Leona, en el cafetín de la calle de la Harpe! »

La cuestión era sencilla. No había más que ir allá todos, en cuadrilla, á tomar un kirsch.

En 1868 los cafés servidos por mujeres — que debían llegar á ser después una institución tan sólida en apariencia como el Tribunal de Comercio y la Cámara de Notarios, para ponerse en seguida en decadencia, como todas las instituciones — no existían más que en estado embrionario. No había aún más que alguno que otro establecimiento de este género, fundado generalmente por una « veterana » con algunas economías y que no tenía más que una ó dos camareras.

Tal era el cafetín en cuyo mostrador se « mostraba » la en otro tiempo hermosa Leona, con-

vertida en una gruesa, morena y bigotuda matrona. Los estudiantes se entregaban allí con tal pasión á los juegos de cartas, que cuando la dueña, después de apagar el gas á eso de las doce y cuarto, les repetía con voz suplicante : « ¡ Basta ya, hijos; vais á hacer que me carguen una multa ! », los obstinados jugadores seguían aún manejando las cuarenta alumbrados con cerillas.

Allí fué donde los huéspedes del *Hotel de Bayeux y de la Plata* llegaron en alegre tropel, para presenciar, en el primer momento, un chaparrón de injurias dirigidas á Mulot por su amante Clarisa, una rubia desabrída, que estaba furiosa por aquel plantón de tres cuartos de hora. Todo se apaciguó, sin embargo, y la ronda de kirsch fué seguida de otra de cerveza, á la que sucedió la llegada triunfal de una ponchera en la que despedía sus azuladas llamas un incitante ponche.

Desde este momento, Cristián, no familiarizado desde la infancia con los venenos, como el célebre rey del Ponto antes citado, empezó á perder la exacta noción de las cosas. Percibió solamente, como una vaga sensación, que la alegre cuadrilla era puesta en la puerta del caletín por la gorda Leona, que repetía su frase obligada de las doce y cuarto : « ¡ Vamos, hijos, ya basta ! » Le pareció

confusamente que, una vez expuesto al aire frío de la noche, le flaqueaban las piernas y no podía andar sino apoyado en dos de sus camaradas, á pesar de sus locas protestas y del desafío injurioso que lanzaba á los caritativos amigos de correr más que ellos si consentían en soltarle. Apenas se dió cuenta de un paseo por las calles desiertas, en las que los faroles de gas se ponían á bailar cuando se los miraba, ni de la pausada vuelta á la calle de Racine, acompañado de gritos de animales ruidosamente imitados, y de conversaciones incoherentes, en las que se trató con preferencia de descolgar la muestra de una partera y colocarla en la puerta de un colegio de señoritas.

Por fin, á consecuencia de una caída en la escalera del hotel y de los esfuerzos prolongados que tuvo que emplear para dar con la cerradura, el último destello de su inteligencia se extinguió por completo; y al día siguiente, después de una noche durante la cual se creyó juguete del balanceo de un buque á merced de furiosa tormenta, Cristián se despertó con una sensación de doloroso ardor en la cabeza, un desagradable sabor de cobre en la boca y sin poder darse cuenta de por qué se había acostado con los pies sobre la almohada y con las botas puestas.